

CHARLIE CHAPLIN

PETER ACKROYD

CHARLIE CHAPLIN

Traducción de Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Chaplin*

Diseño de la cubierta: Edhasa basada en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta:
Charlie Chaplin en *El peregrino (The pilgrim)*, 1923

Primera edición: marzo de 2016

© Peter Ackroyd, 2014

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, 2016

© de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN 978-84-350-2732-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 2571-2016

Impreso en España

ÍNDICE

1. Una infancia londinense	9
2. Sobre el escenario.	29
3. ¡Haced que resulte melancólico!	41
4. Charlot, periodista	63
5. El ritmo.	83
6. El eterno diablillo.	105
7. Charlee!.	125
8. Relaciones mutuas	143
9. El ratoncito	161
10. El huevo de avestruz.	179
11. De vuelta en casa	197
12. ¿Por qué no saltas?	219
13. Al borde de la locura.	237
14. El encanto del silencio	247
15. Las máquinas	269
16. El vagabundo alemán	283
17. Hay que trabajar y combatir	295
18. Sigam con la carnicería	311
19. Sin retorno	329
20. Las sombras	341
Bibliografía	367
Índice de nombres	371

Capítulo 1

Una infancia londinense

Bienvenidos al universo de los barrios del sur de Londres, tal como estaban en la última década del siglo XIX. La zona era sucia y descuidada, con tienduchas por lo general mugrientas. Carecía por completo del dinamismo o la energía de la otra parte de la ciudad, mucho más importante, al otro lado del Támesis. Sus movimientos eran más lentos. Todas las descripciones de finales del siglo XIX y principios del XX que han llegado hasta nosotros señalan que era un lugar tan diferente como extraño. Se hallaba en cierto sentido al margen del bullicio del gran Londres, cosa que podría explicar ese aire de extenuación y letargo que tan chocante podía resultar a los ojos de los desprevenidos. En este escenario desarrollaban su actividad pequeños y fétidos oficios, como los del sombrerero y el curtidor. Había muchas industrias dedicadas a la elaboración de galletas, mermeladas y pepinillos ácidos. Las fábricas de cola alternaban con los almacenes de madera y los mataderos. Predominaba el olor a vinagre, a excrementos de perro, a humo y a cerveza, mezclados obviamente con el hedor de la miseria. A finales del siglo XIX, Kennington, el primer hogar que conoció Charles Chaplin, tenía todo el aspecto de un arrabal de mala muerte.

Los barrios situados al sur del río llevaban siglos proporcionando también el marco a ciertas complacencias un tanto dudosas,

como las de los burdeles y los jardines del placer. En el siglo XIX, los pubs, bares de lujo y locales de revista de la zona proporcionaron continuidad a esta tradición. En 1840 abrió sus puertas en el sur de Londres uno de estos primeros teatros de variedades: el Winchester. Ocho años más tarde el Surrey seguía sus pasos. Cerca de allí, a lo largo de la Westminster Bridge Road, se elevaba la silueta de dos de las mayores salas de espectáculos de la zona: el Canterbury y el Gattis-in-the-Road. Y en todas partes podían encontrarse establecimientos de menor aforo. Las estrellas del *music hall* tenían costumbre de reunirse los domingos por la mañana en el White Horse, el Queen's Head, el Horns o el Tankard, bares que el joven Chaplin conocía perfectamente. Y los representantes de los artistas del vodevil tenían su cuartel general en Lambeth.

Dado que el sur de Londres se hallaba aislado del resto de la capital no tardó en adquirir una atmósfera comunal propia: las casas y los bloques de pisos reventaban de gente, de manera que las mujeres y los niños se pasaban buena parte del tiempo en las calles próximas a sus viviendas. Se sentaban fuera en una silla o se asomaban a las ventanas. Por este motivo, el auténtico núcleo familiar de cada cual era, más que el domicilio, el barrio mismo. Las mujeres se ayudaban unas a otras y los niños jugaban juntos en la calle. Uno de aquellos mocosos era Charles Chaplin. En 1933 dejaría testimonio de ello en un artículo publicado en una revista: «Esos chicos del Londres obrero son mi gente». «Soy uno de ellos.» El sur de la capital habría de ser siempre la fuente y el eje de su inspiración.



Los orígenes de Charles Chaplin son un misterio. Nunca ha podido hallarse su certificado de nacimiento y tampoco existe ninguna

fe de bautismo con su nombre. En una ocasión se desplazó hasta Somerset House para solicitar una copia de su partida de nacimiento, pero no constaba en el registro. Buscó personalmente por aquí y por allá, pero no encontró el menor rastro en parte alguna. Debía de haber salido de la nada. El lugar en el que vino al mundo también es una incógnita. Él mismo creía haber visto la luz en «East Lane», no lejos de Walworth Road. En realidad, esa estrecha vía pública recibe el nombre de East Street, pero los habituales la llamaban «El Callejón», con mayúscula, porque el lugar se enorgullecía del vocinglero y pujante mercadillo que lo animaba los domingos por la mañana, con sus vendedores ambulantes, sus ropavejeros y su cartera de buhoneros y tratantes. («Callejón» era la denominación que se aplicaba por lo general a todo mercado urbano instalado en un paseo.) No sabemos si llegó efectivamente o no al mundo en esta zona. Y además se nos presenta otra dificultad. En alguna ocasión confió a sus amigos que no estaba seguro de quién era su padre biológico. Sin embargo, decidió adoptar el nombre y el apellido de un exitoso artista de variedades —Charles Chaplin— que durante un tiempo había estado casado con su madre. Un buen día se descolgó espetándole a Eddie Sutherland, uno de sus ayudantes: «En realidad no sé quién fue mi padre». Es posible que fuera «fruto del amor», por emplear un giro de la época.

Menos difícil resulta identificar a su madre. A mediados de abril de 1889, a eso de las ocho de la tarde, Hannah Chaplin daba a luz a un varón. Un mes después se anunciaba la buena nueva en *The Magnet*, uno de los periódicos del mundillo de las variedades. «El día 15, la esposa del señor Charles Chaplin (cuyo nombre de soltera es Lily Harley) trajo al mundo a un hermoso niño. Madre e hijo se encuentran perfectamente. Se ruega a otros rotativos que transmitan la noticia.» *The Magnet* se equivocaba en la fecha, ya que Chaplin nació el 16 de abril.

Hannah procedía de una familia un tanto liante, los Hill, muchos de cuyos miembros vivían en el inmediato vecindario de East Street. El duro trabajo que realizaban, unido a la pobreza, había dejado huella en algunos de ellos, y los antecedentes de demencia que acechaban por línea materna todavía complicaban más las cosas. Lily Harley era un nombre artístico. Había saltado a escena, como cantante, a comienzos de 1884, y durante un tiempo su carrera musical se vio jalonada por algunos éxitos, pero después entró en declive.

No hay duda de que conoció al señor Chaplin al alojarse éste en casa de la familia Hill, en Brandon Street, en el barrio de Waltham. Ella tenía entonces diecinueve años y ya estaba embarazada, aunque el niño no era de Chaplin. Según contaba la propia Hannah, el bebé, que respondía al nombre de Sydney, era fruto de un arrebato que la había llevado a fugarse a Sudáfrica con un rico corredor de apuestas llamado Sydney Hawkes. Fuera esto cierto o no, la cuestión es que Charles Chaplin padre se casó con ella en junio de 1885, dando su apellido a Sydney. Reconoció también al segundo hijo de Hannah, destinado además a llevar su mismo nombre de pila. Sin embargo, un año después del nacimiento del bebé, Charles rompía con Hannah. Cabe sospechar que la causa fueron las infidelidades de ella. Es posible que él adivinara o intuyera que el chiquillo no era suyo. Andando el tiempo, Chaplin confesaría que su madre había tenido muchas aventuras. También existen muchas posibilidades de que, en una época tan marcada por la angustia y la pobreza, la mujer hubiera optado por hacer la calle. En su *Autobiografía*, Charles Chaplin afirma que «medir la moral de nuestra familia en función de los criterios habituales sería tan disparatado como ponerle un termómetro al agua hirviendo». En las películas que habrá de rodar más adelante le veremos interesarse por el papel de la prostituta.

Estamos ante una saga tan compleja como desconcertante, aunque quizá no insólita entre los miembros de la clase obrera del sur de Londres, en cuyo seno era frecuente que marido y mujer se separasen y que ellas se vieran arrastradas de cuando en cuando a la prostitución para sacar adelante a sus familias. La bebida era otro de los elementos que contribuían a disolver los lazos familiares. Y en cierto sentido, el alcohol fue la ruina de los Chaplin.



La primera actuación conocida de Charles Chaplin padre tuvo lugar en 1887. Su imagen, a la que no le falta de nada, ni sombrero de copa ni chaqué, puede verse en la portada de la partitura de una canción titulada «Pals Time Cannot Alter». También cosechó algunos éxitos con temas como «Eh, Boys?», «As the Church Bells Chime» o «Oui! Tray Bong!». Tenía una agradable voz de barítono y actuaba con desenvoltura en escena. Hacía de «ricachón», de hombre de mundo de gallarda actitud, ataviado con un elegante traje de etiqueta, una chistera, corbata y pantalones a juego. En cualquier caso, es muy posible que el champán no sólo fuera su bebida favorita en escena, sino también fuera de ella. Y como tantos otros artistas del teatro de variedades, acabó abismándose en el alcoholismo.

Muchas veces se ha supuesto que Chaplin tenía ascendencia judía. Él lo negaba asegurando que «no tuve esa suerte». Sin embargo, en otras ocasiones dejó entrever una eventual identidad judía o especuló sobre esa posibilidad. Dado que no sabía quién era su padre, existía cierto margen para la conjetura. En cambio, de lo que no parece haber duda es de que sus antepasados eran gitanos. Él mismo afirmaba que su abuela materna era «medio cingara». Una carta encontrada tras el fallecimiento del cómico le asegura-

ba que había nacido en un carronato de bohemios en Smethwick, cerca de Birmingham. Y teniendo en cuenta que el informante respondía al nombre de Jack Hill, es posible que el asunto contenga una pizca de verdad.

Siendo ya adulto, los amigos de Chaplin asumieron que su madre pertenecía a esa comunidad. Se dice que el propio actor no sólo hablaba anglorromaní, la variante inglesa de la lengua gitana, sino que dominaba la jerga cañí de la germanía y el mundillo artístico de las calles londinenses. En sus memorias, Charles hijo, primogénito de Charlie Chaplin, Charlot, señala que «esa vehemente sangre gitana llenó siempre a mi padre de un orgullo desmedido». Y en los últimos años de su vida, Sydney Chaplin, el hermanastro de nuestro protagonista, contrajo matrimonio con una mujer calé conocida como «la gitana».

Ni Hannah ni sus dos chiquillos iban a permanecer demasiado tiempo en East Street. Las actas escolares de Sydney indican que la familia fue de casa en casa sin salir del vecindario. Ésa habría de ser la tónica dominante durante toda la infancia de Chaplin. Teniendo el futuro Charlot dos o tres años, Hannah se enredó en otro amorío. Había concedido sus favores a Leo Dryden, una famosa estrella del espectáculo que componía canciones de vodevil de tema patriótico. Todavía se recuerda una de sus baladas más conocidas: «The Miner's Dream of Home». Es posible que su acaudalada presencia señale el momento en el que Hannah y sus hijos abandonaron la bullanguera y populosa zona de East Street para trasladarse a la relativa calma y salubridad de West Square. No estaba más que a ochocientos metros de su antigua casa, pero era como afincarse en otro país.

Los recién mudados disponían ahora de una asistenta, y Chaplin recordará más tarde las excursiones de los domingos, que les llevaban a recorrer Kennington Road. Vestía un trajecito de ter-

ciopelo azul con guantes del mismo color. También conservará grabada en la memoria la elegancia de Westminster Bridge Road, con sus fruterías, sus restaurantes y sus salas de espectáculos. No olvidará que le aupaban a lo más alto de un ómnibus tirado por caballos ni que estiraba sus manitas para acariciar los setos de lilas. Esos momentos de puro deleite le acompañarán siempre. Tendrá igualmente presente el olor de las rosas recién regadas que vendían las jóvenes floristas de la esquina de Westminster Bridge. En sus posteriores películas, las flores serán a menudo prenda de un amor frágil o desdichado.

Esta descripción nos habla de situaciones muy distintas a las sórdidas realidades de los años de infancia que vivió Chaplin en el sur de Londres. Sin embargo, han de tenerse por recuerdos vívidos y auténticos de su pasado, siendo por consiguiente los primeros estímulos de su imaginación. Parece suficientemente claro que durante un corto período de tiempo, de dos o tres años quizá, tanto él como su familia dejaron la pobreza atrás. Y es también muy posible que esto se revelara relevante en su posterior vida profesional, dado que «el hombrecito» —como a menudo habrá de referirse Chaplin al personaje que encarna en la pantalla, es decir, al vagabundo que responde al nombre de Charlie— da la impresión de ser un héroe venido a menos, una persona presumiblemente caída en desgracia tras un período de mayor desahogo.

En el transcurso de esta época feliz, Hannah Chaplin tuvo un hijo con su amante, Leo Dryden. El niño, Wheeler Dryden, nació a finales de agosto de 1892, y no parece que ejerciera una influencia perceptible en la infancia de su hermanastro. Fuera como fuese, la relación de Hannah con Dryden llegó a su fin en la primavera de 1893, fecha en que él la abandonó, llevándose consigo al chiquillo. Leo no consideraba que Hannah fuese una buena madre. Fue entonces cuando comenzaron a amontonársele los problemas

a la joven. Su madre, Mary Ann Hill, había sido ingresada en un asilo pocas semanas antes. Los médicos consignaron que la señora Hill «cae en la incoherencia. Dice que ve por todas partes escarabajos, ratas, ratones y otras cosas».

Con dos niños a su cuidado, Hannah se vio por tanto obligada a arreglárselas sola, dado que su familia no podía ofrecerle apoyo alguno. No se sabe a ciencia cierta de qué vivía. Quizás encontrara otro amante o se echara en brazos de una sucesión de amoríos fortuitos. Con el paso de los años, Chaplin referirá en su *Autobiografía* que en 1894 su madre encontró en algún momento trabajo como cantante en un bar de Aldershot llamado The Canteen. Se trataba de un local para militares, de modo que, según era de esperar, el público se comportaba de forma tan ruda como alborotadora. A Hannah le falló la voz durante su actuación y los asistentes la sacaron del escenario a base de abucheos, momento en el que el empresario que se ocupaba del escenario decidió poner al joven Chaplin en su lugar. El muchacho cantó un tema muy popular en la época: «'E Dunno Where 'E Are». El público comenzó a lanzar monedas sobre las tablas, así que Chaplin decidió ponerse a recogerlas antes de reanudar su actuación. Esto hizo que las carcajadas redoblaran en intensidad, de modo que el chiquillo optó por seguir con la rutina de cantar y actuar al mismo tiempo. En un determinado momento, Chaplin se puso a imitar la cascada voz que había cortado en seco la intervención de Hannah. Al final, ante los estruendosos aplausos cosechados por su hijo, Hannah volvió a presentarse ante los asistentes y se llevó al jovencito. Chaplin señala que su madre no logró recobrar la voz, aunque de hecho sí que se las arreglaría para conseguir un último contrato en el Hatcham Liberal Club, donde los carteles anunciaban a la «Señorita Lily Chaplin, cantante melodramática y bailarina».

Es una historia interesante y quizá sea incluso cierta, aunque los exhaustivos listados de las actuaciones del mundillo del teatro de variedades que publicaba el periódico del oficio –*The Era*– no consignan el acontecimiento de *The Canteen*. En otra versión de esta misma historia, Chaplin sostiene que fue su «padre» quien le empujó al escenario. Además, en esta variante, lo que le pasó a su madre se debió a que estaba borracha, y no a que se encontrara incapacitada a causa de una laringitis. Sería un exceso de pedantería por mi parte afirmar que Chaplin mintió sobre su niñez. Digamos más bien que sintió la inspiradora tentación de contar dos relatos diferentes sobre su pasado, según le viniera en gana en función del momento o de su estado de ánimo. En la versión oficial se presenta a sí mismo como paladín y valedor de su madre; y ése es también el papel que Charlot, el Pequeño Vagabundo, habrá de asumir ante las mujeres jóvenes en las películas que Chaplin rueda en el futuro.

Hannah Chaplin debió de seguir visitando a los representantes del mundillo, y durante un tiempo consiguió que la contrataran como bailarina en el ballet de Katti Laner, que daba sus funciones en el Empire de Leicester Square. Otra bailarina del Empire recuerda que el joven Chaplin «se quedaba aquí, entre bastidores, cantando mis coros medio verso por delante de mí [...]. Y cuanto más fruncía yo el ceño, más se ensanchaba su sonrisa». Después, la joven añade que «ya entonces Chaplin tenía un oído estupendo para la música, de modo que se quedaba con todo cuanto yo cantara». Una maestra de la Escuela Victory Place de Walworth, a la que Chaplin asistió durante un breve plazo de tiempo, recordará más tarde «sus grandes ojos, su abundante mata de cabello oscuro y rizado, y sus hermosas manos [...]. Era adorable y extremadamente tímido».

Con todo, la carrera de Hannah Chaplin había llegado irremediablemente a su fin. De cuando en cuando encontraba algún

empleo ocasional, unas veces remendando ropa vieja y otras como costurera, pero el trabajo era muy laborioso y estaba mal pagado. Fue en esta época cuando empezó a poner los ojos en la religión como medio para hallar consuelo a sus desdichas. En 1895 pasó a formar parte de la congregación de la Iglesia de Cristo en Westminster Bridge Road, y en el registro de su afiliación consta como «una actriz que vive separada de su marido». Conseguía sumar unos peniques a sus precarios ingresos haciendo vestidos para algunas de las mujeres de la congregación, pero su salud empezó a resentirse de tantas tensiones.

El 29 de junio de 1895 fue admitida en el Hospital Lambeth, permaneciendo un mes en la institución. Padecía un grave cuadro de estrés que, al parecer, se manifestaba en forma de fuertes migrañas. Sydney Chaplin fue enviado al asilo local para pobres y a los pocos días fue transferido desde allí a un colegio de West Norwood para chicos indigentes. John George Hodges, un pariente de su abuela que vivía en la vecindad, acogió a Chaplin.

Los hermanos Chaplin volvieron a reunirse con su madre al comenzar la primavera de 1896, pero no sabemos a ciencia cierta en qué dirección vivían. Lo hacían en habitaciones alquiladas, pero se trasladaban constantemente de una a otra, de modo que en el lapso de tres meses fueron a parar a seis buhardillas o sótanos distintos. Los recuerdos que habrá de conservar Chaplin de esta época londinense son por regla general tristes. A Sydney se le había quedado pequeño el único abrigo que tenía, así que Hannah le confeccionó uno con una vieja chaqueta suya de terciopelo. El pobre muchacho también se vio obligado a ponerse un par de zapatos de tacón de su madre, convenientemente amputados para la ocasión. Los chicos hurtaban lo que podían en los tenderetes callejeros. La familia dependía de la caridad de la parroquia, viéndose obligada a recurrir a los paquetes asistenciales y a acudir a los

comedores sociales de las casas de caridad. Chaplin no probó la mantequilla ni la nata en toda su infancia, así que, de mayor, siendo ya un hombre acaudalado, le encantaba hartarse de esas cosas. John Doubleday, el escultor que en 1981 se encargó de realizar su efigie en Leicester Square, señaló que, al comprobar con exactitud las medidas corporales de Chaplin, descubrió que, en la edad adulta, el actor seguía presentando «el subdesarrollado tórax de un niño desnutrido».

Pero también hubo momentos más felices. El joven Chaplin se ganaba unos peniques bailando a las puertas de los pubs al melódico son de cualquier concertina que acertara a pasar por allí. Un día, mientras se dedicaba a vender periódicos, Sydney encontró una cartera llena de monedas de oro en el autobús. Sin embargo, es posible que la robara. Con ese dinero, la familia Chaplin partió a la localidad costera de Southend para contemplar por primera vez el mar. Solían ir a nadar, ahora que podían permitírselo, a los baños de Kennington. Iban a las funciones de linterna mágica de Baxter Hall, cuyas entradas costaban un penique. En los momentos en que la salud y la vitalidad se lo permitían, Hannah también se las ingeniaba para entretenerles imitando las expresiones y los movimientos de la gente que deambulaba por la calle. Es probable que el hijo pequeño heredara su talento para la pantomima.

En 1915, en un artículo para la revista *Photoplay*, Chaplin dice: «Creo que mi madre ha sido la mujer más maravillosa que jamás haya conocido. Recuerdo muy bien lo encantadora y educada que era. Hablaba cuatro idiomas con fluidez y había tenido una buena educación [...]. Jamás he conocido a una persona tan profundamente refinada como mi madre». Sin embargo, es posible que sobrestimara sus cualidades y virtudes. Una vecina refiere que Chaplin «pensaba que jamás había habido nadie comparable a su madre. El chaval creía que era la mejor actriz del mundo, una gran

dama y un ideal que imitar». Hannah apodaba a su segundo hijo «el Rey». Con todo, existían grandes posibilidades de que ese amor se hallara condenado y expuesto a sufrir un chasco.

La separación no tardó en producirse. En la primavera de 1896, Hannah tuvo que entregar su máquina de coser por no haber pagado los plazos, de modo que le fue imposible seguir con su antiguo oficio. Volvió a caer enferma y tuvieron que llevarla al hospital. A los hermanos Chaplin no les quedó más remedio que resignarse a ingresar en el asilo para pobres de la zona, el lugar que más temían los mendigos. La expresión «¡Acabaréis en el hospicio!» les era muy familiar. Así las cosas, en mayo de ese año fueron enviados al establecimiento de Southwark, «debido», según los registros, «a la ausencia de su padre y a la indigencia y enfermedad de su madre». No es difícil imaginar su desconcierto. No obstante, en ese mismo artículo del *Photoplay*, Chaplin declara lo siguiente: «Aunque los hospicios acostumbran a inspirar el mayor de los horrores a los ingleses, no recuerdo que fuese un lugar tan espantoso». Lo que más vivamente quedó impreso en su memoria, dice, fue el hábito de «evadirme mentalmente del asilo fingiendo que era una persona extremadamente rica y encumbrada [...]. Mi ánimo caía muy a menudo en la ensoñación y el cultivo de lo imaginario. Constantemente simulaba ser otra persona...».

Los dos hermanos Chaplin permanecieron en la institución durante unas dos semanas, tiempo requerido por el Consejo de tutores de Lambeth para acometer los trámites legales con los que reclamar la presencia de Charles Chaplin padre, presunto progenitor de los muchachos. Por fin se dio con su paradero y fue llevado ante el Consejo: accedió a hacerse cargo de Charlie pero no de Sydney, alegando que el primogénito era claramente ilegítimo. Sin embargo, el Consejo consideró más juicioso que los chicos continuaran juntos, así que Chaplin aceptó abonar la suma de quince chelines

semanales para sufragar su manutención en el Colegio Hanwell, un centro situado a diecinueve kilómetros de Londres. Pero no cumplió su promesa de atender al pago regular de dicha cantidad.

★ ★ ★

A mediados de junio, los dos chiquillos partieron en el carromato tirado por caballos de un panadero en dirección al Colegio Hanwell para Huérfanos y Niños Indigentes. Una vez allí los separaron, ya que Sydney, de once años, fue enviado a la unidad para chicos mayores, mientras que a Charles, de siete, se le hizo hueco en la sección infantil. Más tarde, el propio Charles haría esta confesión a un reportero: «Mi infancia terminó a la edad de siete años». Hanwell era una institución profundamente victoriana, y se basaba en un régimen de instrucción formal, en una secuencia meticulosamente ordenada de la actividad diaria y en una rígida disciplina. En este sentido no difería demasiado de las grandes escuelas privadas de la época. Los jóvenes internos marchaban en fila de un aula a otra y pasaban en idéntica formación del dormitorio al comedor. Chaplin tenía el número 151. No obstante, en los aspectos materiales, los niños estaban mucho mejor atendidos que los chicos de su época obligados a permanecer en las calles o en las chabolas de los suburbios. Se les proporcionaba ropa de abrigo, buenos zapatos y una dieta nutritiva, aunque sosa.

Sin embargo, para el joven Chaplin, la institución fue sinónimo de sufrimientos y humillaciones. En su vida adulta se referiría a este período diciendo que fue el de «mi encarcelación». No sólo quedó separado de su madre, sino también de su hermano, ya que Sydney fue enviado poco después a un buque escuela. No tenía a nadie más en el mundo. Era un chico menudo, desamparado y sin esperanza. Cogió la tiña, y tuvo lo que él denominaba «llantos pa-

roxísticos» al rapársele la cabeza. Le cogieron haciendo alguna diablura, aunque no se conocen bien los detalles. Quizá se dedicara a observar a alguna chica por el ojo de la cerradura, o puede que prendiera fuego a algún objeto del aseo de los chicos. Las versiones no concuerdan. Fuera cual fuese el delito, el castigo se sabía de antemano: recibió uno o dos azotes con una vara de abedul. Poco después le recetaron un laxante y acabó manchando la cama. Dos días más tarde le castigaron quitándole la naranja y los caramelos que se les entregaban por Navidad.

Sin embargo, a pesar de su angustia, aquél iba a ser el único período de su vida en el que recibiera educación de forma continuada. Aprendió a escribir su nombre y a leer mínimamente.

Hannah tardó casi un año en ir a visitarle, y al parecer Chaplin se sintió profundamente traicionado. Cuando finalmente se presentó, en el verano de 1897, una sensación de horror y humillación se adueñó del joven Chaplin. Le dijo a Harry Crocker, un buen amigo suyo, que la aparición de la madre le «había causado una turbación angustiosa». Es posible que ella mostrara ya los signos de demencia que habían afligido de antiguo a su familia y que en su día derrotaran a su propia madre. Chaplin le confió a Crocker que, por alguna razón, Hannah llevaba una aceitera. «¿Por qué lleva eso, madre?», le preguntó. «¿Y por qué ha venido usted? La están viendo todos. ¡La están viendo todos!» En su *Autobiografía*, Chaplin relata un episodio muy distinto, el de una desenvuelta y perfumada mujer que viene a ver a su solitario hijo. El lector juzgará qué versión es la más veraz.

Siendo ya adulto, Chaplin concibió una escena en la que una anciana sube fatigosamente unas escaleras con un cubo de agua. En el cuarto o quinto rellano se abre de pronto una puerta y un hombre golpea a la mujer en el rostro. «¡Oh!», exclama el hombre horrorizado, «creía que era mi madre». «¿Tiene usted madre?» «Sí»,

responde él, lloroso, «tengo madre». Chaplin nunca confió realmente en las mujeres. Le acució siempre el temor de la pérdida y el abandono, el miedo a ser despreciado y herido, cayendo en un paroxismo de celos a la menor provocación. Con sus amantes solía mostrarse suspicaz, problemático y agrio.

Sin embargo, sobrevivió a Hanwell revistiéndose de una coraza invulnerable. «Incluso en la época en que estaba en el orfanato», le dijo en una ocasión a su hijo mayor, «incluso en esos años me tenía ya por el mejor actor del mundo. Necesitaba que me invadiera el exuberante sentimiento que emana de la absoluta confianza en uno mismo. Sin esa sensación se está abocado a la derrota». Más tarde, esa invulnerabilidad acabó convirtiéndose en parte integrante del personaje al que daba vida en pantalla. El Pequeño Vagabundo, Charlot, revela ser muy a menudo un individuo distante e invencible. Siempre se levanta y se pierde garbosamente en la distancia. En ese sentido, Charlot da muestras de una energía y una determinación indomables. Rara vez inspira lástima al espectador.



Podemos apreciar por tanto, en la vida del chiquillo, el germen de Charlot. En sus primeros filmes le vemos comportarse a menudo como un hombre enojado o cruel, ansioso por cobrarse a toda costa venganza por las desdichas de la existencia y buscando sobre todo escarmentar a las figuras de autoridad que se ciernen amenazadoramente sobre él. Lo que anhela es comida y seguridad. Busca con desesperación el amor, pero no acaba de encontrarlo. Ha aprendido a hacer frente a las vicisitudes de la existencia fingiendo que le son indiferentes. Carece de arraigo y no se le conoce hogar alguno. La mayoría de las películas que habrá de rodar más tarde Chaplin tam-

bién se ocuparán del arte de la supervivencia en un mundo hostil o cuando menos escasamente amable.

★ ★ ★

A la edad de ocho años, el 18 de enero de 1898, la Escuela Hanwell licencia al fin al jovencito Chaplin, que regresa junto a su madre. Sydney se presentó en casa dos días más tarde, llegado directamente del *Exmouth*, su buque escuela. La familia volvía a estar unida. No sabemos cómo se desarrolló su vida en esta época, aunque es difícil pensar que tuvieran la subsistencia asegurada. Es posible que se estuviera acordando de estos años al hacerle a una compañera, May Reeves, esta confidencia: «Nos desahuciaban cada cuatro semanas porque no podíamos pagar el alquiler. Cada vez que nos expulsaban teníamos que hacer las maletas, echarnos a la espalda los colchones y las sillas, que eran nuestros, y salir en busca de una nueva casa». En una ocasión, Reeves y él paseaban por Kennington, ya que a Chaplin le gustaba hacer nostálgicas visitas a su antiguo vecindario. El cómico señaló a su acompañante una ruinoso tienda de comestibles. «¡Qué feliz me sentía cuando tenía la posibilidad de venir corriendo hasta aquí y comprar algo por dos peniques!» Acto seguido le indicó un cobertizo. «Muchas veces he pasado aquí la noche cuando nos largaban de nuestro alojamiento. Pero prefería dormir en un banco del parque.»

Y así ocurrió algo que posiblemente era inevitable: el 22 de julio, la familia Chaplin daba con sus huesos en el asilo para indigentes de Lambeth. No habían conseguido sobrevivir en el mundo exterior. Transcurrida una semana, los dos chicos fueron trasladados al colegio para pobres de West Norwood, al que Sydney ya había sido confiado antes. Se produjo entonces un extraño episodio. El 12 de agosto, Hannah Chaplin se las arregló para con-

vencer a las autoridades de que estaba en plena forma y era por tanto perfectamente capaz de atender a sus hijos. Así las cosas, los muchachos salieron de la institución benéfica y fueron puestos a su cuidado. Madre e hijos pasaron aquel día de libertad en Kennington Park, comiendo cerezas en un banco y jugando a lanzarse una pelota hecha con un papel de periódico arrugado. Les permitió tomarse un respiro y aislarse brevemente del mundo. Al acabar el día, Hannah comentó animadamente que llegaban justo a tiempo para tomar el té. Se refería al té que servían en el asilo de Lambeth, donde se presentaron formalmente para gran disgusto de los funcionarios, que tuvieron que volver a rellenar todos los impresos necesarios. Tres días después, los chicos regresaban al colegio de West Norwood. El mundo les encerraba de nuevo. Con el tiempo, Chaplin afirmaría que los parques le producían una invariable sensación de tristeza. En un artículo escrito por él y publicado en una revista de 1931 lo deja meridianamente claro: «¡Qué deprimente es Kennington Park!», exclama.

A principios de septiembre, Hannah Chaplin pasó del asilo al hospital de Lambeth, con el cuerpo lleno de moretones. Las autoridades del centro señalaron que padecía sífilis, enfermedad que en su tercer estadio puede afectar al cerebro. Ningún médico vendría a corroborar más tarde ese diagnóstico, pero en su caso el hecho de que se le detectara el mal podría resultar significativo. Nueve días después fue trasladada de nuevo. La enviaron al asilo de Cane Hill, en Surrey, donde un galeno dejaría constancia de su comportamiento. «Ha tenido una conducta muy extraña (en un momento dado se muestra grosera y escandalosa y al siguiente se revela encantadora). Se la ha confinado varias veces en una SA [celda acolchada] debido a súbitos accesos de violencia: arrojándole por ejemplo un tazón a otra paciente, o dedicándose a vociferar, cantar y hablar de forma incoherente. Se queja de dolores de cabeza y esta mañana se ha le-

vantado deprimida y envuelta en llantos: permanece aturdida e incapaz de proporcionar cualquier tipo de información fiable. Les ha preguntado a los médicos si se está muriendo. Les ha dicho que estaba cumpliendo una misión del Altísimo. Después afirmó estar deseando abandonar este mundo.»

Dos enfermeras fueron a West Norwood para dar a conocer a los chicos la situación en que se encontraba su madre. Sydney terminó de jugar su partido de fútbol y después estalló en sollozos. Charles no rompió a llorar, sino todo lo contrario: culpó a su madre y dijo que le había traicionado. Lo cierto es que había sucumbido a un tipo de demencia hereditaria cuya manifestación no había podido evitar al hallarse extremadamente enferma y agotada.

Se decidió entonces que Charles Chaplin padre debía hacerse responsable de los dos muchachos. Les metieron en una furgoneta, los sacaron del asilo de Lambeth, al que una vez más habían ido a parar, y los llevaron hasta una poco atractiva casa situada en el 287 de Kennington Road. En el primer piso vivía Chaplin con Louise, su amante, que no recibió de buen grado la llegada de aquellos inoportunos chiquillos. En las frecuentes ocasiones en que se daba a la bebida, Louise se quejaba amargamente de que se le hubiera impuesto la presencia de los dos jóvenes. Le cogió una ojeriza particular a Sydney, que evitaba verse en su compañía permaneciendo fuera de casa desde las primeras luces del día hasta altas horas de la noche.

El propio Chaplin padre agotaba los últimos cartuchos de su carrera. Su popularidad había menguado, y al disminuir la frecuencia de los contratos se consolaba con la botella. Las noches en que actuaba podía resultar simpático y extrovertido: se tomaba seis huevos crudos con un vaso de oporto antes de salir para el teatro. Pero por regla general se pasaba el día entero en alguno de los muchos pubs de la vecindad, intentando ahogar su angustia y su frustra-

ción. Su hijo pequeño le observaba atentamente: llegaría el día en que también él se especializara en el «hábito de la bebida».

La afición al alcohol del padre de Chaplin aumentó la amargura de Louise, que se desquitaba con los chicos. Un sábado por la mañana, al volver del colegio, Charles se encontró con el piso desierto y la despensa vacía. Aguardó un rato, pero no apareció nadie. Desesperado, se echó a la calle y se pasó la tarde visitando los diferentes mercados de la vecindad. No tenía dinero, así que no pudo comer nada. Deambuló de un lado para otro hasta que se hizo de noche y después regresó a Kennington Park Road, pero el apartamento estaba a oscuras. Recorrió unos cuantos centenares de metros hasta llegar a Kennington Cross y una vez allí se sentó en el bordillo de la acera y aguardó. A las puertas del pub White Hart dos músicos tocaban una vieja canción, ya pasada de moda, uno con un armonio y otro con un clarinete. El tema se titulaba «The Honeysuckle and the Bee» y a Chaplin le gustó tanto que cruzó la calle para poder escucharla mejor. Toda su vida iba a recordar aquella canción.

Después regresó a la casa y vio que Louise se acercaba por el camino que desembocaba en el jardín. Iba dando tumbos, borracha, así que Chaplin esperó a que hubiera cerrado la puerta. Más tarde se coló discretamente en compañía de la casera, que se había presentado de improviso. Subió las escaleras hasta el oscuro rellano. Louise salió de repente y le ordenó que se marchara. Aquél no era su hogar. Se dice que en otra ocasión un policía vio a Sydney y a su hermano pequeño durmiendo, a las tres de la mañana, junto a la lumbre de un sereno. Ésa era la vida que se veía obligado a llevar el joven Chaplin.

El 12 de noviembre, Hannah Chaplin llamó a la puerta. Le habían dado el alta en Cane Hill, y se había presentado allí con intención de recogerlos. Les llevó muy cerca de allí, a la vuelta de

la esquina, hasta un pequeño hostel de Methley Street, donde ganaba un magro jornal remendando blusas. Los olores de la fábrica de encurtidos Hayward que tenían detrás competían con el hedor del matadero que operaba justo al lado de su casa. Pero la gente del sur de Londres estaba habituada a los pestazos.

La dueña del piso de Methley Street en el que vivía la familia Chaplin recuerda que «Charles era un niño bastante escuchimizado con una fuerte mata de pelo negro, el cutis muy pálido y unos brillantes ojos azules. Era lo que yo llamaría “un golfillo”, ya que se pasaba el día callejeando, de la mañana a la noche. Me acuerdo de que tenía la costumbre de encontrarse con un hombre que tenía un organillo y de que el crío se ponía a bailar al son de la música. Le conseguía al organillero una gran cantidad de dinero extra y él mismo se sacaba unas perrillas. Supongo que fue así como empezó su carrera en el mundo del espectáculo. Se suponía que Charles debía asistir a la escuela de Kennington, pero era un pillo de cuidado y siempre hacía novillos».

De hecho, sus días de colegial estaban llegando a su fin. Según los registros, la última vez que acudió a las aulas del colegio del barrio fue el viernes 25 de noviembre de 1898, y después de esa fecha ya sólo se le encuentra en los escenarios de los teatros de variedades. Se había convertido en bailarín profesional.

Capítulo 2

Sobre el escenario

A finales de 1898, el joven Chaplin se unió a una compañía de bailarines profesionales de claqué* conocidos con el nombre artístico de «Los ocho muchachos de Lancashire». Es posible que obtuviera el empleo gracias a los buenos oficios de Charles Chaplin padre, dado que William Jackson, el fundador de la *troupe*, vivía a pocos portales de distancia, en la misma Kennington Road. También cabe pensar que la experiencia que había adquirido el chico como artista callejero podría haber obrado en su favor. Recibía cama y comida durante las giras, y además se le enviaba media corona semanal a Hannah Chaplin. Tal vez no fuera ése un trabajo que ella juzgara ideal para su hijo menor, pero al menos proporcionó a la familia unos ingresos adicionales estables.

Un periódico del oficio decía que los «Muchachos de Lancashire» eran como «una vívida brisa fresca, con una pizca de auténtica “sal” marina». Actuaban por espacio de diez minutos y ofrecían al público «uno de los mejores números de claqué que quepa imaginar». Todos los chicos llevaban una blusa de lino blanco, un

* Se trata en realidad de una variante campesina antecesora del claqué (*clogging* o *clog dancing*), típica de Irlanda y otros países europeos (incluyendo el emparentado zapateo flamenco). La percusión propia del baile se efectuaba con zuecos. (*N. de los t.*)

cuello de encaje, pantalones bombachos y zapatos de baile rojos. Los zuecos eran un tipo de calzado que se usaba para el duro trabajo de las minas y las fábricas del norte de Inglaterra. Bailar con ellos, haciendo gala de agilidad y desenvoltura, era signo de victoria y liberación de la desdicha o la servidumbre. La idea podía reflejar muy bien el espíritu del joven Chaplin. Antes de que le permitieran aparecer por primera vez en escena en Portsmouth tuvo que ensayar unas seis semanas, aprovechando que sus compañeros se hallaban de gira por Manchester. Lo pasaba muy mal sobre el escenario, así que tuvieron que transcurrir varias semanas antes de que él mismo se viera en condiciones de hacer un solo ante los espectadores.

El hijo de William Jackson recuerda que «Chaplin se mostraba muy reservado al principio [...]». «Y no era mal bailarín», añade. Continúa su descripción diciendo que «mi primera tarea consistió en llevarle al barbero para que le cortara el pelo a una longitud razonable, ya que le colgaba hasta los hombros en enmarañadas greñas rizadas». También se acuerda de que el joven Chaplin ya era por entonces «un gran mimo». Después de Portsmouth, los «Muchachos de Lancashire» visitaron Londres, Middlesbrough, Cardiff, Swansea y Blackpool. Era raro que no estuviesen trabajando. En Londres y otras ciudades iban a toda velocidad de un teatro a otro, ya fuera en un cabriolé o en un carro tirado por caballos, advirtiéndolo muchas veces al cochero que debían «salir a toda prisa para la siguiente sala». Era un empleo agotador. En los locales en que actuaban olía a naranjas y a cerveza, a tabaco y a humanidad. Eran sitios de gente ruidosa y pendenciera, donde el público podía ponerse a bailar de improviso o enzarzarse en una violenta riña. Había prostitutas merodeando por las últimas filas del gallinero. El comportamiento de la gente podía ser atroz, pero no resultaba difícil complacerles. Cantaban a coro con los artistas los temas que

les eran familiares y gritaban a voz en cuello las muletillas de sus cómicos favoritos.

Chaplin no podría haber tenido mejor escuela para el aprendizaje de la comedia musical como disciplina artística. También iba a tener ocasión de estudiar a los payasos y a los humoristas que figuraban en el mismo cartel. En 1917 le confesaba a un periodista: «Mi joven cerebro registraba como una cámara fotográfica todos los gestos que hacían y solía practicarlos todos cuando llegaba a casa [...]. Mis primeros contactos con los caricatos de las pantomimas londinenses fueron tremendamente valiosos para mí». Llegó a considerar incluso la posibilidad de unirse a otro miembro de la compañía (a un chico llamado Bristol) para crear un número doble titulado «Bristol y Chaplin, los vagabundos millonarios». Los mendigos cómicos eran uno de los elementos clásicos de la farándula, destacando entre otras las funciones de los «bohemos malabaristas» y los «ciclistas indigentes».

La vida del vodevil era dura y exigente. Los números eran cortos, ya que duraban entre cinco y quince minutos, pero se realizaban ante un público que muy a menudo armaba un gran escándalo y al que por regla general animaba el alcohol. Magos y practicantes del mesmerismo, acróbatas y comediantes se veían obligados a competir por el aplauso y la atención de los presentes. Unos espectadores escasamente interesados constituían un augurio fatal para el artista. Las canciones del teatro de variedades trataban con frecuencia los problemas de la clase obrera, los pequeños detalles de la vida doméstica y social, los peligros de una existencia vivida al borde de la más estricta pobreza..., y todas las letras rezumaban un humor grosero, aunque a veces no estuvieran exentas de insinuaciones sexuales más sutiles.

Los números de los cómicos y los imitadores se ambientaban muchas veces en casas de empeño, en pensiones baratas o en res-

taurantes, y entre los personajes figuraban camareros, vagabundos y hombres en plena racha de mala suerte, a los que se conocía con el nombre de «harapientos refinados». Algunos de ellos se vestían de forma extraña, tenían andares graciosos o blandían determinados útiles, como paraguas o bastones. Ellos habrían de constituir una fuente de inspiración para las primeras películas de Chaplin. Los artistas de mayor éxito podían representar el mismo papel durante años, aunque otros preferían la variedad y optaban por cambiar. Lo importante era que, por reproducir las afirmaciones de un periódico del mundillo de las variedades, «la originalidad tenía un gran peso en la génesis del éxito que el artista pudiera alcanzar en la vida. ¿En qué consiste la originalidad? En gran parte en mostrar personalidad». Y Chaplin iba a convertir la personalidad en arte.

El mejor de todos esos artistas originales fue posiblemente Dan Leno, con quien Chaplin compartiría cartel por espacio de quince semanas en el Tívoli de Londres. Y no le llevó mucho tiempo comprender los fundamentos de la actuación del comediante. Max Beerbohm decía que Leno era «ese pobre y maltrecho personajillo del que todo el mundo abusa y que sin embargo hace gala de valor con su vocecilla estridente y sus gestos de naufrago; se dobla pero no se quiebra; se desmaya e insiste; encarna la voluntad de vivir en un mundo en el que apenas vale la pena hacerlo, y seguramente las simpatías de todos los espectadores están con Dan Leno». El actor se pintaba todo el rostro de blanco. Llevaba muchas veces unos largos pantalones holgados y unas botas de enorme longitud. Sus ojos eran grandes, con las cejas arqueadas, así que podía poner una expresión de conmovedor patetismo en un instante. Marie Lloyd, otra estrella del teatro de variedades con la que también trabajó el joven Chaplin, le preguntó: «¿Has visto qué ojos? Tiene la mirada más triste del mundo. Y es que de no habernos echado a reír, nos habríamos puesto a llorar como locos.

¿Sabes? Creo que en eso consiste la auténtica comedia; es casi como el llanto». En su momento, Stan Laurel diría, refiriéndose a Chaplin, que «tenía unos ojos que te obligaban imperiosamente a clavar la vista en ellos». Y así habría de suceder con el Pequeño Vagabundo, tanto por su apariencia como por sus actitudes y modales.

★ ★ ★

Leno, que rebosaba de energía, poseía una vitalidad pulsátil y nerviosa. Podía dar un salto de dos metros hacia atrás y aterrizar en la punta de las botas. Cabría considerarle un símbolo del auténtico espíritu del castizo londinense, el mismo que acabaría encarnando el propio Chaplin. En 1915, al inicio de su carrera cinematográfica, *Bioscope* afirmaba que Chaplin era «el Dan Leno de la pantalla». En años posteriores, nada le gustaría más que representar a las antiguas estrellas del vodevil, cuyas canciones recordaba a la perfección.

Al recordar esta época, Chaplin solía decir que si acertó a soportar la vida de bailarín de claqué fue por estar convencido de que habría de darle la oportunidad de hacer más tarde algo mejor y que le supusiera un mayor reto. Su ambición no tenía límites. Uno de sus contemporáneos, el hijo del gerente del teatro de Canterbury, que era más o menos de su misma edad, recuerda el acerado azul de sus ojos, prueba de que en su interior había algo intenso e intacto. Era su fuerza de voluntad.

En esta época, Hannah y Sydney Chaplin compartían su alojamiento de Methley Street con el padre de Hannah. Más tarde trasladaron a Charles Hill al hospital de Lambeth, siendo admitido en el asilo del centro antes de que transcurriera un mes. Ésos eran los escalones que estaban habituados a recorrer los vecinos pobres del sur de Londres en su descenso de la indigencia al sepulcro. ¿Se vería algún día la familia Chaplin en la misma tesitura?

En los últimos meses de la gira del joven Chaplin con los «Muchachos de Lancashire», la figura de Charles Chaplin padre empezó a desdibujarse. Realizó su última función el 31 de diciembre de 1900, en el Empire de Portsmouth. Su hijo adoptivo aparecía por esas fechas en *Cinderella*, representada en el Hipódromo de Londres. Chaplin recuerda haber actuado en aquella obra junto a un célebre payaso francés: Marceline. Marceline se ponía a pescar en un cardumen de chicas que bailaban en una gran piscina, utilizando joyas y diamantes como cebo. Al final, tras muchas piruetas y contorsiones, se las arreglaba para atrapar a un caniche. El perrito era un estupendo mimo. Si Marceline se ponía cabeza abajo, el animalillo hacía lo mismo. Se decía que este tipo de payasos, conocidos con el nombre general de «Augustos» y caracterizados por no pronunciar una sola palabra, ya que se ceñían exclusivamente a la mímica, «tenían la fantástica facultad de hacer reír al público, despertando al mismo tiempo las simpatías de los asistentes». El joven actor de claqué no perdía detalle.

Chaplin hacía de gatito en una escena con Marceline, pero no pudo resistir la tentación de añadirle un «toquecito» de su cosecha. En una sesión matinal tenía que olisquear a un perro. De repente, adoptando la menos felina de las actitudes, levantó la pata junto a la boca del escenario y dirigió después al público un guiño de complicidad, para rematar el número entre una gran salva de aplausos. Por mucho que ese breve interludio divirtiera a los espectadores, lo cierto es que no sirvió más que para encolerizar al empresario, terriblemente suspicaz ante la más mínima falta de decoro. Pero es una de las primeras señales de que Chaplin deseaba descollar y expresarse de forma diferente.

El 13 de abril de 1901, al terminar la temporada de *Cinderella*, Chaplin abandonó a los «Muchachos de Lancashire». Padecía

asma y su madre creyó que la tensión de los escenarios había alterado considerablemente su salud, así que le hizo volver a casa. Dado que Sydney acababa de aceptar un empleo como ayudante de sobrecargo y músico en el buque *Norman*, es posible que Hannah quisiera que el benjamín le hiciese compañía. Puede que el estado en que acabó viéndose, jadeando sin resuello y al borde de la asfixia, guardara alguna relación con el hecho de permanecer confinado junto a su madre. El médico señaló que terminaría dejando atrás la afección, y de hecho así fue.

En la primavera de ese año, la muerte comenzó a rondar al padre de Charles Chaplin a causa de las complicaciones derivadas de su cirrosis hepática. Sus amigos le habían llevado, totalmente ebrio, al Hospital de Saint Thomas. Al cobrar finalmente conciencia de donde se hallaba, forcejeó desesperadamente para huir del establecimiento. Sin embargo, estaba demasiado enfermo para ofrecer ninguna resistencia. Tenía todo el cuerpo dolorido debido a la hinchazón que le provocaba la hidropesía, hasta el punto de que los facultativos le extrajeron dieciocho litros de líquido por la rodilla. Con sólo treinta y ocho años, Charles Chaplin padre se había cogido, literalmente, una borrachera mortal. El Fondo de Beneficencia de los Artistas de Variedades tomó las disposiciones necesarias para su funeral, pero fue enterrado en una tumba para indigentes del Cementerio de Tooting. La nota necrológica aparecida en *The Stage* refirió que «en los últimos tiempos le había acosado la mala suerte», añadiendo que «las desdichas han contribuido grandemente al quebranto de su salud».

Casi inmediatamente el joven Chaplin se vio obligado a buscar trabajo. Su madre y él seguían peregrinando de habitación en habitación: Chester y Paradise Street, junto con Munton Road, fueron algunos de sus domicilios temporales. En un primer momento, obtuvo unos modestos ingresos sacándole partido al falle-

cimiento de su padre. Provisto de un crespón negro en la manga, vendía narcisos en los pubs locales, lamentando con un hilo de voz la muerte de su progenitor. ¿A quién no le conmovería el duelo de un muchacho? Tuvo mucho éxito, hasta que Hannah le pilló saliendo del bar con un ramo de flores.

Sin embargo, ella siguió firme en su decisión de que no volviese a los escenarios: ésa había sido la fuente de todos los problemas de su padre. Por eso, Chaplin probó suerte en otros oficios. Sabía ser práctico y operar con mentalidad de negociante cuando se trataba de buscar sustento para sobrevivir. Fue chico de los recados de un comerciante de efectos navales. Aceptó el antiguo empleo que había tenido Sydney como ayudante de cirujano, ocupándose de atender la recepción de la consulta. Consta que después trabajó de botones, pero es posible que se trate de una confusión, ya que más adelante hizo ese papel en el teatro. Fue dependiente, auxiliar de barbería, mozo de imprenta de una empresa suministradora de materiales de oficina, mancebo de un soplador de vidrio y repartidor de periódicos en la estación de metro de Clapham Common. Dio lecciones de baile y llegó a vender incluso ropa vieja en el mercadillo de Newington Butts.

Odiaba la pobreza y la despreciaba. Era degradante y no dejaba escapatoria. No hay duda de que en su infancia vertió lágrimas de frustración, lástima de sí mismo y desamparo. Según él mismo cuenta, se «enfurecía» muchas veces con el mundo. «Fíjate en ellos», dice uno de los personajes de su última película, *La condesa de Hong Kong*, «apretados como sardinas en lata... Eso es lo terrible de estas gentes: que no pueden disfrutar la vida. Apechugan con lo peor, viven en los lugares más inhóspitos, comen de mala manera y visten de un modo lamentable». Las opiniones aparecen aquí exageradas, pero en cierto modo son un reflejo de lo que sentía el propio Chaplin.

El gran cómico recuerda que en esta época su madre encontró en la calle a una colega de la farándula que pasaba una mala temporada. Hannah intervino para impedir que unos pilluelos atormentaran a una decrepita mujer de cabeza rapada. Entonces la desdichada abrió la boca. «Lil, ¿no me reconoces? ¿Ya no te acuerdas de Eva Lestock?» En otro tiempo se la conocía como la «Elegante Eva Lestock», y *The Era* la tenía por «una de las más bellas y fascinantes cantantes melodramáticas del momento». Ahora, debido a las enfermedades y el alcohol, se había visto obligada a dormir debajo de un puente o a pasar la noche en los albergues del Ejército de Salvación. Es algo que da idea de lo peligrosa que podía ser la vida de las estrellas del vodevil. Hannah recogió a la mujer y se la llevó al hogar de los Chaplin. Su hijo menor se enfadó, incómodo ante este giro de los acontecimientos, ya que consideraba que aquella mujer no era más que una asquerosa vagabunda. Hannah la envió a los baños públicos y, para gran disgusto de Chaplin, pasó tres días con ellos en la atestada habitación. El futuro actor no sentía ninguna simpatía por los pobres o los abandonados.

Durante un tiempo conoció momentos más felices al alquilar con su madre una habitación en la casa de la señora Taylor, miembro de la iglesia y cristiana como ellos. Esta sosegada pausa llegó a su fin, según el propio Chaplin, el día en el que su madre, furiosa con la hija de la señora Taylor, dio en llamarla «Lady Mierda». Este episodio arroja una luz muy interesante sobre una anterior afirmación suya: la de que su madre era la dama más refinada que jamás hubiese alcanzado a conocer.



Uno de los últimos domicilios que Chaplin compartió con su madre fue el de Pownall Terrace. Así se expresaba en un programa de

radio de 1943 nuestro protagonista: «Siempre recordaré la habitación del piso alto del número tres de Pownall Terrace, donde viví siendo un muchacho. Nunca podré olvidar cómo subía y bajaba los tres rellanos de la estrecha escalera para vaciar aquellos fastidiosos cubos de agua sucia». Recuerda la verdulería Healey, la carnicería Waghorn y la tienda de comestibles Ash. El aire de toda la casa estaba viciado y «olía repugnantemente a desperdicios y ropa vieja». Madre e hijo vivían en una habitación de poco más de un metro cuadrado. En una mesa arrimada a la pared se amontonaban en caótico desorden los platos y las tazas sucias. En un rincón se agazapaba una diminuta cama de hierro pintado de blanco, y a sus pies había un sillón que se desplegaba y hacía las veces de catre.

Pero iba a ser en esa habitación donde se desarrollaran las escenas más tensas de su preadolescencia. Una tarde de la primavera de 1903, al regresar a casa, una niña pequeña le dice de pronto que su madre se ha vuelto loca. Había ido por toda la vecindad repartiendo trocitos de carbón de puerta en puerta y explicando que eran regalos para los niños. El detalle de ofrecer carbón como un presente viene perfectamente al caso. El primer diccionario de argot inglés señala que en la jerigonza o criptolecto de los gitanos, se utilizaba para el dinero la palabra «*cole*».

Los vecinos ya habían llamado al médico del barrio. Éste dio inmediatamente un diagnóstico de demencia, sumado al de malnutrición, y le dijo al muchacho que la llevara al hospital de la zona. De hecho, la propia afectada parecía estar deseando ser admitida en el centro. Era un refugio. Años después, Chaplin confiaba estas palabras a un periodista: «El asustado y raquítico renacuajo que yo era entonces se encontró de pronto llevando a su madre de la mano, arrastrándola entre toda aquella brumosa y fría fetidez».

Al llegar al dispensario, las enfermeras se la llevaron rápidamente, aunque Hannah aún tuvo tiempo de dirigir una última y

larga mirada a su hijo. La ficha que obra en poder del Consejo de tutores de Lambeth revela que el joven Chaplin le dijo al médico que su madre había estado «mencionando a un montón de gente fallecida», y que afirmaba «verlos por la ventana». Explicó que se enfrascaba largo rato hablando con «personas imaginarias» y que en el pasado había mostrado la costumbre de «meterse en las habitaciones de desconocidos». El propio galeno observará que «[la paciente] arma mucho escándalo y dice incoherencias, alternando los rezos con las maldiciones y el canto con los gritos; dice que el suelo es el río Jordán y se niega a cruzarlo». El doctor añade que a veces se comporta de forma «violenta y destructiva». Chaplin ya debía de haber comprobado personalmente buena parte de todo esto en la conducta de su madre.

El facultativo interrogó al joven y éste, haciendo gala de su habitual chispa instintiva para la supervivencia, le informó de que iba a vivir con su tía. No tenía ninguna gana de volver a verse en una institución. De hecho, regresó a Pownall Terrace, dado que la patrona le había dejado quedarse en tanto ella misma no consiguiera alquilar la habitación. Él evitaba a todo el mundo: se pasaba el día fuera, forzado a robar o a mendigar la comida. Se juntó con unos carpinteros de obra que trabajaban en una callejuela detrás de Kennington Road. Les ayudaba en su labor y al final de la semana recibía seis peniques.

Esperaba con ansiedad que Sydney regresara de la mar. El 9 de mayo, pocos días después del confinamiento de su madre, el barco de su hermano atracaba en Southampton. «Si Sydney no hubiera vuelto a Londres», diría más adelante Chaplin, «es muy posible que hubiera terminado como un ladronzuelo más de las calles de la ciudad [...]. Seguramente me habrían enterrado en una fosa para indigentes». Sydney le envió una carta para avisarle de su llegada, y al bajarse al fin del tren de Southampton en la estación de Waterloo

vio que se le acercaba un golfillo sucio y andrajoso. Chaplin recuerda el incidente en el libro *Charles Chaplin's own story*, publicado en 1916: «¿Sydney, no me reconoces. ¡Soy Charlie!».

El aludido, estupefacto por el aspecto de su hermano pequeño, se hizo cargo de él. Se cercioró de que Chaplin tomara un buen baño caliente y después le dio dinero para que se comprara ropa nueva. Al ir a visitar a su madre, se enteraron de que acababa de ser trasladada al manicomio de Cane Hill. Estaba muy cambiada. Tenía la tez pálida y los labios amoratados. Se mostraba apática y deprimida, manifestándose confusa y ensimismada cada vez que intentaban charlar con ella. Iba a permanecer encerrada, con un intervalo de lucidez, durante los diecisiete años siguientes.